

27ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 21,33-43.

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo:

—Escuchad otra parábola:

Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon.

Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo diciéndose: «Tendrán respeto a mi hijo.»

Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: «Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia.»

Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo ataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?

Le contestaron:

—Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos.

Y Jesús les dice:

—No habéis leído nunca en la Escritura:

«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente»

Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de los Cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.

GRACIAS, PERDÓN, PERMISO.

El Evangelio nos presenta hoy **«una parábola dramática con un final triste»**. El dueño de un terreno planta una viña y la cuida bien. Luego, como tiene que irse, la arrienda a unos viñadores. Cuando llega el momento de la vendimia, envía a sus siervos para recibir los frutos, pero los viñadores los maltratan y los matan. Entonces, el dueño manda a su hijo, y ellos lo matan también. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? **«Esta parábola encierra un importante mensaje de Jesús»**.

El propietario hizo todo bien, con amor. Trabajó con esfuerzo, plantó la viña, la rodeó con una cerca para protegerla, cavó un lagar y construyó una torre de vigilancia. Luego confió la viña a unos viñadores, arrendándoles la viña y tratándolos de manera justa, para que estuviese bien cultivada y diese fruto. Con estas premisas, la vendimia debería haber concluido felizmente, en un clima de fiesta, **«con una justa distribución de la cosecha para la satisfacción de todos»**.

Sin embargo, **«en la mente de los viñadores»** se apuntan pensamientos ingratos y ávidos. **«En la raíz de los conflictos siempre hay algo de ingratitud y pensamientos de codicia»**, de poseer las cosas enseguida. **«No tenemos necesidad de dar nada al dueño. El producto de nuestro trabajo es solamente nuestro. ¡No tenemos que rendir cuentas a nadie!»** Este es el pensamiento de estos trabajadores. **«Están equivocados»**.

«Deberían estar agradecidos» por todo lo que han recibido y por el modo en que han sido tratados. En cambio, **«la ingratitud alimenta la ambición»** y crece en ellos un sentimiento progresivo de rebelión que los lleva a **«ver la realidad de manera distorsionada»**, a sentirse acreedores en vez de deudores del propietario que les había dado trabajo. Cuando ven a su hijo, llegan incluso a decir: **«Este es el heredero: vamos a matarlo para quedarnos con su herencia»**. Y así, los viñadores se convierten en asesinos. **«Es todo un proceso y este proceso sucede muchas veces en el corazón de las personas, también en nuestro corazón»**.

Con esta parábola, Jesús nos recuerda lo que sucede cuando el hombre **«se cree que se hace a sí mismo y olvida la gratitud»**. Cuando olvida la realidad fundamental de la vida, que **«el bien viene de la gracia de Dios»**, que el bien viene de su don gratuito. Cuando uno olvida la gratuidad de Dios, termina por **«vivir la propia condición y el propio límite, no con la alegría de sentirse amado y salvado, sino con la triste ilusión de no tener necesidad de amor ni de salvación»**.

Uno ya no se deja querer, y se encuentra prisionero de su propia codicia, prisionero de la necesidad de tener más que los demás, de querer estar por encima de los demás. **«Este proceso es malo y nos sucede muchas veces»**. Pensémoslo.

De ahí provienen muchas **«insatisfacciones y reproches»**, muchas **«incomprensiones y envidias»**. Y tras el rencor se puede caer en el torbellino de la violencia. Y es que **«la ingratitud genera violencia»**, nos roba la paz, nos hace hablar a gritos, sin paz, mientras que **«un simple “gracias” puede restablecer la paz»**

Preguntémonos entonces. **«¿Me doy cuenta de que he recibido la vida como un don?»** ¿Soy consciente de que yo mismo, yo misma, soy un don? ¿Creo que todo comienza por la gracia del Señor? ¿Comprendo que soy beneficiario de ella sin méritos, que **«he sido amado y salvado gratuitamente?»**



Y, sobre todo, **«¿sé decir “gracias” como respuesta a esa gracia?»** Son tres las palabras mágicas para la convivencia humana: **«gracias, permiso, perdón»**. ¿Sé decir estas tres palabras?

«Gracias» es una palabra pequeña para agradecer. **«Permiso»** es una palabra pequeña para no avasallar. Y **«Perdón»** es una palabra pequeña para pedir disculpas. Son tres palabras que **«esperan cada día Dios y los hermanos y hermanas»**.

«Preguntémonos si estas pequeñas palabras, 'gracias', 'permiso, por favor', 'perdón, lo siento', están presentes en nuestras vidas. **«¿Sé decir gracias?» «¿Sé pedir perdón, sé perdonar?» «¿Sé no ser invasivo, pedir permiso?»** Gracias, perdón, permiso.

Que María, cuya alma proclama la grandeza del Señor, nos ayude a **«hacer de la gratitud la luz que surge todos los días del corazón»**. ¡Que así sea!